Yoc.—¿Qué ha temer el hombre, si está bajo el dominio de los hados? ¿Si nada con certeza puede prever? Lo mejor es vivir sin preocuparse, cada uno como pueda. Además, ¿por qué angustiarte por bodas con la madre? ¡Muchos las tienen: en sueños se unen maritalmente con sus madres! Pasa mejor la vida quien de estas necedades hace burla.

Ed.—Bien aprobara todo lo que dices, si no estuviera viva la que me dio a luz. Pero como vive, fuerza es que todo yo lo tema, por bien que tú hables.

Yoc.—¡Buen argumento...! ¿qué me dices de tu padre en el sepulcro?

Ed.—Bueno, consiento; ¡pero ella vive y temo...!

Mens.—¿De qué mujer estáis hablando tan temida?

Yoc.—De Mérope, anciano, la esposa de Pólibo.

Mens.—Y, ¿por qué ha de inspiraros esos temores?

Ed.—Por un divino oráculo espantoso.

Mens.—¿Cabe decirse? ¿Ha de guardarse en secreto?

Ed.—Oh no. Pues declaró Loxias un día que yo habría de casarme con mi propia madre y enrojecer mis manos con la sangre de mi padre. Es tal la causa de que yo viva lejos de Corinto y ha mucho tiempo. Buena ha sido mi suerte, pero ¡es tan dulce ver de nuevo los ojos de sus padres de uno!

Mens.—¿Por sólo esos temores andas desterrado de tu patria?

Ed.—¡No quiero, anciano, ser asesino de mi padre!

Mens.—¿Por qué, señor, no ha acabado tu ansiedad? De buena gana vine para serte provechoso.

Ed.—Cierto y tu recompensa será digna.

Mens.—¡Lo que más me movió a que viniera es la esperanza de que a tu lado yo sacara en mi tierra gran ventaja!

Ed.—Es que no he de volver a casa de mis padres.

Mens.—Ay, hijo mío... bien se percibe que no te das cuenta de lo que estás diciendo.

Ed.—¿Cómo, anciano? ¡Por los dioses, decláramelo!

Mens.—Si por esa razón temes tornar a tu hogar...

Ed.—¡Sí: temo que resulte verídico Febo!

Mens.—¿Macularte recelas con volver a tus padres?

Ed.—Eso, anciano; ese es el temor que me obsesiona.

Mens.—Debes saber, entonces, que sin razón lo temes.

Ed.—¿Cómo que no? ¿No soy yo su hijo acaso?

Mens.—Nada tuyo era Pólibo en cuanto al linaje.

Ed.—¿Qué dijiste? ¿No era él quien me engendró?

Mens.—¡Tanto te dio la vida como yo!

Ed.—¿Cómo? ¿No eres extraño, no era él mi padre?

Mens.—Ni te engendró él, como no te engendré yo.

Ed.—¿Hijo me llamó siempre; hijo, cómo no serlo?

Mens.—Mira, príncipe: tú fuiste un don que mis mismas manos le hicieron.

Ed.—¿Y cómo había de amarme tanto, siendo hijo de otro?

Mens.—Es que estaba antes dolorido por no tener hijos.

Ed.—¿Cómo me diste? Tú me habías comprado? ¿Me encontraste acaso?

Mens.—Te encontré en un boscoso vallecito del Citerón.

Ed.—¿Por qué andabas por esos parajes?

Mens.—Apacentaba mis rebaños remontados.

Ed.—¿Eras pastor, entonces, y andabas trashumando por un salario?

Mens.—¡Ah hijo, y fue entonces cuando pude salvarte la vida!

Ed.—¿Qué mal sufría yo cuando tú me tomaste?

Mens.—Tus pies ahora pueden rendir el testimonio.

Ed.—¡Ay de mí, cierto es; deformados los tengo... y de mucho tiempo atrás, ¿cómo lo explicas?

Mens.—Yo te quité unos garfios que tus pies traspasaban.

Ed.—¡Ah dolorosa ofensa de mi infancia: aún conservo las señales!

Mens.—¡De esa triste eventualidad te dieron nombre!

Ed.—Di, por los dioses, ¿mi padre, mi madre quiénes fueron?

Mens.—Eso no supe. Tiene que saberlo el que te entregó a mí.

Ed.—¿Luego de mano de otro me tomaste? ¿No me tomaste tú?

Mens.—No. Otro pastor te entregó a mí.

Ed.—Y, ¿ese quién es? ¿No puedes dar más clara la noticia?

Mens.—Uno de los de Layo, era su nombre.

Ed.—¿Del rey que señoreaba en esta tierra?

Mens.—Muy cierto. De él era un pastor.

Ed.—¿Vive aún? ¿puedo verlo?

Mens.—Eso, mejor que yo, lo sabréis vosotros **(al Coro).**

Ed.—¿Hay entre los presentes quien conozca al pastor? ¿Vive en los campos o se aloja en la ciudad? Dadle a entender que llegó la hora de aclarar todo esto.

Corif.—Pienso que no es distinto del que ha tiempo pedías que se presentara. Pero aquí está Yocasta. Ella lo diga.

Ed.—Mujer, tú sabes si es el mismo el que ha momentos quería llamar, ¿ese es el que dicen?

Yoc.—¡Sea o no sea, qué? Deja en paz todo. Ningún caso hagas de cuanto aquí se ha dicho; no pienses en tonteras.

Ed.—Pues no: llega el momento. Con tales signos definir yo quiero lo que a mi origen toca.

Yoc.—¡No, por los dioses...! Si amas tu vida, no lo intentes. ¡Basta ya de dolores!

Ed.—No temas, no receles. Aunque resulte yo tres veces esclavo, de tres esclavos descendiente, nada te agravia a tí.

Yoc.—No prosigas, te ruego: convéncete!

Ed.—No quedo convencido, si no aclaro hasta no saber la verdad.

Yoc.—Te doy lo que es discreto, te digo lo mejor.

Ed.—Eso mejor que dices me exaspera hace tiempo.

Yoc.—¡Ay, infeliz, que nunca descubrieras quién en verdad eres!

Ed.—Vaya uno luego y traiga a ese pastor. Ella, quede gloriosa en su riqueza y en su linaje altivo.

Yoc.—Ay, ay, infeliz una y mil veces. ¡Ya para tí no tengo otro nombre! ¡Eso para siempre y por vez última...!

Yocasta se mete al palacio violentamente.

Corif.—¿Qué pasa, Edipo? ¿Por qué la señora, plena de amargo encono, súbitamente huye? ¡Ese silencio en que ahora se encierra puede estallar en males!

Ed.—¡Estallen los que fueren! ¡Tengo que requerir sobre mi origen, por mísero que sea! Ella se cree rebajada porque me juzga de baja estofa. ¡Como mujer, siempre lo excelso sueña! Hijo soy de la Suerte, la Suerte generosa que tanto bien me ha dado, ¿cómo avergonzarme de ella? De esa madre nací. Los años mis hermanos han hecho de mí, a un tiempo, un pequeño y un grande. De tal modo nacido, no quisiera ser otro del que soy. Saber de quién procedo no mudará mi ser.

Coro. Est.—Si vidente soy y en verdad soy listo, yo juro por el Olimpo que mañana en el plenilunio he de celebrarte, oh Citerón,

como cuna de Edipo, y más: como su padre y su madre. Han de danzar allí los coros por los dones que a mi rey hiciste. ¡Oh Febo el aclamado con alaridos, has que sean gratos a ti estos deseos!

Ant.—¿Quién, hijo, entonces, quién te dio a luz? ¿Quién de las Ninfas que no mueren, fecundada por Pan, que las montañas cruza errabundo, y ella lo hizo tu padre? ¿O alguna amada de Loxias: para él todos los campos y los prados le son muy gratos? ¿O fue el señor que en Cilene domina? ¿O fue Baco divino que las cumbres habita el que te obtuvo, traicionero y sagaz, de mano de una Ninfa del Helicón, él que en las montañas con las Ninfas se entrega a salaces juegos?

Llegan dos esclavos conduciendo al viejo pastor.

Ed.—Fuerza es que lo suponga, ancianos; yo jamás he visto, al pastor que ahora veo. Debe ser el que espero. Igual es en vejez a este mensajero. Los que lo traen son mis servidores. Pero tú mejor que yo puedes saberlo: lo habrás visto hace tiempo.

Corif.—Tenlo por cierto. Lo conozco bien. Sobre otro alguno era pastor fiel a Layo.

Ed.—Ahora te pregunto a tí, mensajero de Corinto, ¿de éste hablabas?

Mens.—El es. Lo ven tus ojos.

Ed.—**Al recién venido:** Ahora tú, anciano. Mírame aquí y responde lo que yo te pregunte. ¿Fuiste de los siervos de Layo?

Siervo.—Siervo y no adquirido. En su casa nací.

Ed.—¿En qué tareas te gastabas la vida?

Sier.—Lo más de mi vida se me fue en pastorear.

Ed.—¿Y en qué región principalmente tenías tus apriscos?

Sier.—En el Citerón algunas veces; otras en lugares diferentes.

Ed.—Y a este hombre que hoy miras, ¿lo viste alguna vez? ¿lo conociste?

Sier.—¿Haciendo qué? ¿Qué hombre dices?

Ed.—Al que miras ante tí. ¿Trataste con él alguna vez?

Sier.—Puede ser... los recuerdos son lentos en venir.

Mens.—Oh rey, nada te asombre. Yo con prudencia voy a despertarle los recuerdos. Bien sé que tiene en la memoria cómo en aquel remoto tiempo en las laderas del Citerón andábamos juntos, él con sus dos rebaños y yo con uno. Fue tres veces que pasamos el estío en esa región, y cada vez, seis meses, desde la primavera hasta el día en que inicia su viaje el Arturo. Cuando llegaba el invierno, él se iba a los apriscos de Layo y yo me iba a mis propios rediles. ¿Es así o no, tú, como lo he dicho?

Sier.—Dices verdad... mas, ¡pasó tanto tiempo!

Mens.—Un paso más: ¿recuerdas que en cierta ocasión me diste un niño, para que yo lo prohijara como mío?

Sier.—¿Y eso a qué? ¿A qué fin van tus historias?

Mens.—Ese es el punto. Amiguito, ese niño de entonces... es este rey.

Sier.—¡Desgraciado, te callas o te pego!

Ed.—Anciano, ¡quieto: tus palabras son las que habrían de azotarse, no él!

Sier.—¿Qué, oh el mejor de los reyes, en qué te ofendo?

Ed.—Nada dices del niño por quién te preguntan...

Sier.—¡Ese habla sin tino, y además se esfuerza en vano!

Ed.—¿No hablas de buena gana? ¡Hablarás entre lágrimas!

Sier.—¡Oh por los dioses...! ¿a un viejo hacer violencia?

Ed.—Pronto. Las manos a la espalda y bien atadas.

Sier.—¡Ay desdichado de mí... ¿por qué, por qué? ¿Qué es lo que saber quieres?

Ed.—¿Le diste el niño de quien se está hablando?

Sier.—Lo dí... ¡mejor me hubiera muerto en ese día!

Ed.—Pero morirás hoy, si no hablas lo que debes.

Sier.—¡Mal por doquiera; si hablo, también muero!

Ed.—Ese hombre, bien se ve, quiere escabullirse.

Sier.—No y no. Ya lo digo. Yo lo dí. Lo dije ha poco.

Ed.—¿De dónde lo tomaste? ¿era tuyo o ajeno?

Sier.—Mío ciertamente no: de otro lo recibí.

Ed.—¿De qué ciudadano? ¿De qué hogar?

Sier.—¡Por los dioses, oh rey, ya no preguntes más!

Ed.—Perdido estás, si vuelvo a preguntarlo.

Sier.—¡Nació en casa de Layo!

Ed.—¿Era un esclavo? ¿Era del rey pariente?

Sier.—¡Ay de mí... me abismo en el espanto, si pienso en que lo diga!

Ed.—Y yo también, si lo oigo. Pero debe oírse.

Sier.—¡Se decía que era hijo de él... Nadie mejor pudiera declararlo seguro que tu esposa que está dentro!

Ed.—¿Luego ella te lo dio?

Sier.—¡Eso, oh rey!

Ed.—¿Y para qué fin?

Sier.—¡Que yo lo aniquilara!

Ed.—¿Al que dio a luz? ¡Infame!

Sier.—Temerosa de oráculos divinos.

Ed.—¿Cuáles?

Sier.—Se afirmaba que él tenía que dar muerte a su padre.

Ed.—¿Por qué, entonces, lo diste a este anciano?

Sier.—¡Me sentí lleno de lástima por el niño, oh rey! Yo tuve la certeza de que él lo llevaría a su país de donde era. Pero él le salvó la vida. Hizo muy mal. Si eres tú en verdad el que él dice, ¡sabe que eres el más desdichado de los hombres!

Ed.—¡Ay, ay... ¡Todo resultó verdadero! ¡Oh luz: es la vez última que te miro! Bien probado quedó que yo soy hijo de quien nacer no debiera. Me uní en nupcias con quien era ilícito. Y dí la muerte al que nunca matar podría.

Entra fuera de sí al palacio.

Coro. Est. 1.—¡Ay raza de mortales: nada en vosotros veo sino una nada que vive en un instante!

¿Hay algún hombre, hay algún hombre que logre un grado acaso de la felicidad? ¡Todo es una apariencia: brilla, se alza, reluce y se abisma en las sombras para siempre!

¡Eres un paradigma de la vida humana, Edipo sin ventura: cuando veo el fin de tu fortuna, ¿cómo llamar podría feliz a alguno de los mortales?

Ant. 1.—¡El, que voló tan alto; él, que dominó fortunas y riquezas; él que feliz se creyó...! ¡Sí, Zeus, él había acabado con la doncella mágica de curvas garras, él logró mantener nuestra ciudad como una fortaleza que desafía a la muerte!

¡Edipo, yo te proclamo, yo te alabo y bendigo, tú nuestro rey has sido, y en esta Tebas augusta tienes la mayor fama!

Est. 2.—¡Y ahora, ¿quién más mísero, quién con mayor abrumadora carga de infortunios? ¡En un punto de la cumbre de la dicha, precipitado al abismo de la infamia y el dolor!

¡Edipo amado y grande...! ¡Posible fue: en el mismo tálamo entró el padre y el hijo por puerta de desdichas! ¡Un puerto fue para ambos el mismo regazo! ¡Y el seno de una madre por largo tiempo pudo tenerte a tí en amor, habiendo de él salido!

Ant. 2.—El tiempo todo mira y todo lo descubre. El solo abominar pudo una boda que no era boda, sino sacrilegio. En un mismo nudo estuvieron el padre y el hijo. El que recibió vida, en la misma mujer que se la había dado, sembró también la vida.

¡Ay, ay, raza de Layo... nunca te conociera, nunca en tus ojos hubiera yo puesto los míos! ¡Lamentos y ayes, gemidos y llanto... ¡nada más, sino eso me queda!

Decir lo justo debo: tú enalteciste mi cabeza, y tú también la abates hasta el polvo. Tú mis ojos ahora para la dicha cierras.

Sale del palacio un siervo.

Sier.—Nobles, magnates sin igual de esta tierra... ¡Vais a ver lo que nunca, vais a oír lo que jamás pensasteis ver y oír! ¡Duelo y llanto sin freno tendréis que levantar, si seguís fieles a la raza de Lábdaco!

Pueden el Istro y el Fasis unidos en uno verter aquí sus aguas: no lograrán con ellas lavar y extirpar la mácula que este palacio satura. Vais a verla lucir siniestramente y muy en breve. ¡Máculas bien sabidas, máculas voluntarias...! ¿qué hay que más torture que el mal que cada uno con su resuelta voluntad se busca?

Corif.—Dignos de llanto sin término eran ya los infortunios que hemos conocido, ¿qué males nuevos anunciarnos puedes?

Sier.—Decir una palabra será decirlo todo: todo lo sabes: ha muerto la noble Yocasta.

Corif.—¡Ay, infeliz de ella...! ¿quién pudo darle muerte?

Sier.—Ella se la dio misma. De lo más cruel no soy testigo. Pero lo sé por quien lo vio. Tú también saber debes esta amarga desdicha.

Cuando encendida de ira, con frenético paso, entró a las estancias interiores, corrió furiosa al aposento en que el tálamo yace. Mesaba sus cabellos con locura. Entró, cerró, comenzó a dar alaridos. Llamaba a Layo que ha tanto tiempo murió. Hacía memoria del pasado, del hijo que engendraron en nefando día. Ese que al padre habría de dar la muerte; ese que a ella había de hacer que diera como fruto unos hijos que hijos ser no pueden. Y llorando en furor, gritaba al tálamo en donde tuvo un hijo de su esposo e hijos de su hijo.

Tal es la historia. Su fin no lo conozco. Gritó por otro lado Edipo, y ya no pudimos, por ir a él, mirar cómo acababa aquel lamento de desesperada amargura.

Edipo vagabundo por todo el palacio gritaba a voz en cuello que le diéramos una espada, que trajéramos arrastrando a su presencia a esa mujer: mujer, que ya su mujer no era, sino el campo feraz donde él tuvo la vida y por su propia obra la tuvieron sus hijos. Tal era su frenética locura rabiosa que un dios, hay que pensarlo, empujaba sus ímpetus, regía sus pasos.

De repente alzó más la fuerza de su grito y, como si alguno lo empujara, se abalanzó contra la puerta de la cámara nupcial. Rompió el cerrojo, quebrantó las tablas, rajó la aldaba y se precipitó dentro del cuarto...

Allí estaba la reina suspendida y ondulando en la cuerda atada por el nudo que ella misma formó. Ahorcada, ahorcada por sus manos mismas.

La mira el rey, lanza dolientes gritos, suelta la cuerda, y el cuerpo cae por tierra dando un tumbo ruidoso. ¡Ay, dolor, ay dolor, lo que miramos! Dos broches de oro tenía ella en su ropaje. Los arrebata Edipo y con veloz empuje se los clava en sus mismos ojos, mientras exclamaba:

"¡Ojos, no veréis más ni el mal que sufro, ni el crimen que cometo! ¡Dormid la muerte de la noche eterna y las tinieblas podrán defenderos de ver lo que no quise ver jamás, y tampoco aquello que tan anheloso ver ansiaba!"

Mil veces repitió tales lamentos, y, entre tanto, se abrían ensangrentados sus párpados y su sangre escurría entre la barba y las mejillas, y él alzaba las manos en convulsión tremenda. Bien en breve la sanrge, de roja se tornó en negra, que como capa de ignominia se apelmazó a su rostro.

¡Así en un punto a dos azota la desgracia: común era su crimen, común fue su infortunio: el varón y la mujer en el mismo abismo rodaron juntamente! ¡Ayer la dicha, para los dos unidos, dicha que parecía ser verdadera en sumo grado: hoy la desventura, el gemido, la muerte, la ignominia, la desdicha, sin nombre y sin medida... todo infortunio se reunió en ellos, sin que uno solo falte!

Corif.—¿Tiene ahora el infortunado alguna liberación de sus males?

Sier.—Con grandes voces clama que las puertas sean abiertas y que entre alguno y traiga ante todos los descendientes de Cadmo al patricida y al de su madre... ¡Ah, yo decir no puedo los horrendos dicterios que él profiere! Habla como quien se dispone a ir al destierro, y que ya vivir no puede bajo este techo que él mismo colmó de maldiciones. Inválido quedó, y necesita un apoyo y un guía. ¡El negro mal que cayó sobre él nadie podría soportarlo!

Vas a verlo al momento. Ya las puertas se abren, ya los cerrojos suenan. El espectáculo que ofrece a los ojos es tal que, aun el peor enemigo tendría que verter lágrimas.